

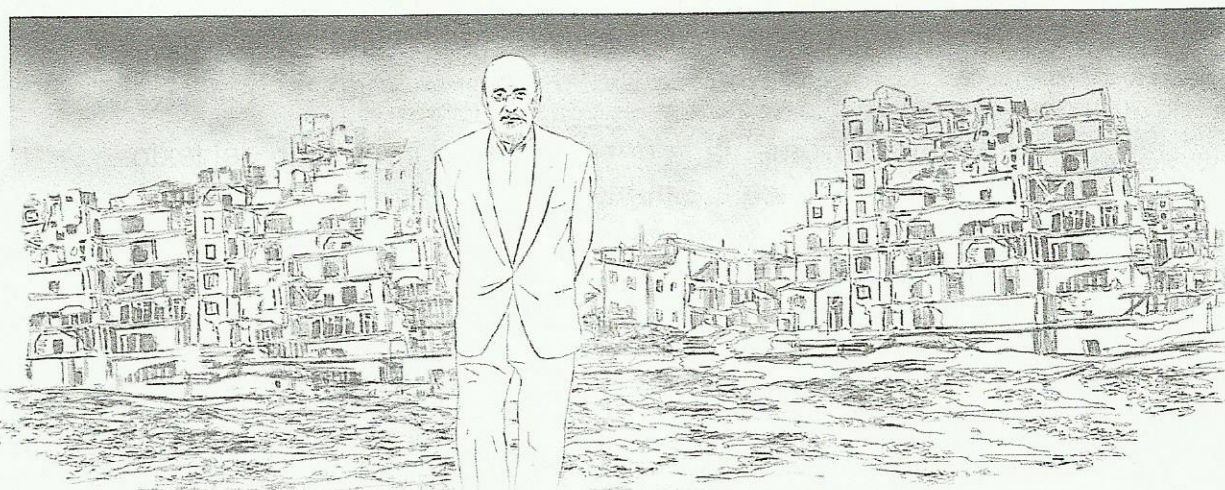
«Ciudad cero», de Ángel González

21

Una revolución.
 Luego una guerra.
 En aquellos dos años —que eran
 la quinta parte de toda mi vida—,
 ya había experimentado sensaciones distintas.
 Imaginé más tarde
 lo que es la lucha en calidad de hombre.
 Pero como tal niño,
 la guerra, para mí, era tan solo:
 suspensión de las clases escolares,
 Isabelita en bragas en el sótano,
 cementerios de coches, pisos
 abandonados, hambre indefinible,
 sangre descubierta
 en la tierra o las losas de la calle,
 un terror que duraba
 lo que el frágil rumor de los cristales
 después de la explosión,
 y el casi incomprensible
 dolor de los adultos,
 sus lágrimas, su miedo,
 su ira sofocada,

que, por algún resquicio,
 entraban en mi alma
 para desvanecerse luego, pronto,
 ante uno de los muchos
 prodigios cotidianos: el hallazgo
 de una bala aún caliente,
 el incendio
 de un edificio próximo,
 los restos de un saqueo
 —papeles y retratos
 en medio de la calle...
 Todo pasó,
 todo es borroso ahora, todo
 menos eso que apenas percibía
 en aquel tiempo
 y que, años más tarde,
 resurgió en mi interior, ya para siempre:
 este miedo difuso,
 esta ira repentina,
 estas imprevisibles
 y verdaderas ganas de llorar.

Ángel GONZÁLEZ: *Tratado de urbanismo* (1967)



Pregunta 1. Señale la organización de las ideas del texto.
(Puntuación máxima 1,5 puntos)

La estructura de este poema se organiza en tres partes que, tomando como referencia el recuerdo de la Guerra Civil española, se diferencian en la cronología y así, se parte de la evocación, en el presente, de la Guerra y la justificación de su importancia; se continúa con un *flash-back* de los años de la niñez y se concluye con la proyección presente y futura de dicho recuerdo.

Primera parte (versos 1-7). **Presentación** objetiva cronológica del objeto de su recuerdo (Guerra Civil) y justificación del mismo como crucial en su biografía (hay un antes y un después).

Segunda parte (versos 8-33). **Recuerdo** propiamente dicho: vivencias de la Guerra Civil siendo un niño.

Tercera parte (versos 34-43). **Reconocimiento** de las secuelas de la Guerra Civil en su edad adulta.

Pregunta 2. Indique el tema y escriba un resumen del texto.
(Puntuación máxima 1,5 puntos)

Tema

Recuerdos infantiles de la Guerra Civil y sus secuelas psicológicas en la vida adulta.

Resumen

El poeta establece un contraste entre la ingenua mirada infantil de los años de la Guerra Civil Española con la dolorosa visión adulta de los mismos y declara que la experiencia de la guerra le ha marcado para siempre.

Pregunta 3. Comentario crítico sobre el contenido del texto.
(Puntuación máxima 3 puntos)

<p>Localización: Autor Movimiento literario</p>	<p>Ángel González pertenece a la <u>Generación del 50</u>, la de los niños que vivieron la <u>Guerra Civil</u> y que, de adultos, siguen recordando sus horrores aunque desde una óptica más personal que los autores de la década anterior, los de la llamada «<u>poesía social</u>». Ahora no se trata tanto de cambiar la sociedad como de rehumanizar el tratamiento de los temas sociales, es decir, no se pretende ser la voz de los oprimidos, sino la voz de sí mismos, de su propia experiencia. Compartir su experiencia personal les sirve de catarsis a ellos y a nosotros nos dejan un retrato de una época marcada por la contienda. A la tendencia poética dominante en los años 60 se la conoce como «<u>poesía de la experiencia</u>». La de Ángel González es la de un niño huérfano de padre a los 18 meses y separado de sus dos hermanos, asesinado uno y exiliado el otro.</p>
<p>Contexto histórico</p>	<p>Concretamente en este texto, Ángel González alude con exactitud a <u>detalles autobiográficos</u> de su niñez. Sus primeros recuerdos se remontan a cuando él tenía nueve o diez años (las referencias temporales a la <u>Revolución asturiana del 34</u>, a la <u>Guerra Civil del 36</u> y a los <u>dos años</u> que las separaron, <u>la quinta parte de su vida</u>, son explícitas en los verso tres y cuatro).</p>
<p>Valoración e interpretación del contenido de la primera parte</p>	<p>A partir del verso octavo, el autor enumera lo que para él, con su mirada inconsciente de niño, era la <u>guerra</u>: fundamentalmente propiciaba el juego (uno se lo imagina sin clase, embobado por Isabelita, jugando en los cementerios de coches o en los pisos abandonados); ni el hambre (<i>indefinible</i>) ni los</p>

Relación con otras obras artísticas	<p>muerdos y heridos (<i>sangre descubierta en la tierra o las losas de la calle</i>) lograban aterrarte por mucho rato; el terror se limitaba a pequeños sobresaltos por las explosiones o por el dolor de los adultos. El terror por algún resquicio entraba en su alma pero lo olvidaba enseguida, distraído por <i>prodigios cotidianos</i> (hallazgos de una bala caliente, un incendio o restos de un saqueo) que, precisamente, adquieren la categoría de prodigios porque obran el milagro de convertir la destrucción en utilidad, en motivo de juego y evasión. El <u>punto de vista del niño</u> facilita al poeta el acercamiento a esta realidad tan dura y el hablar de ella sin herir demasiado nuestra sensibilidad. <u>Lo mismo han hecho</u> otros escritores y directores de cine actuales –recordemos, por ejemplo, el caso de <i>La vida es bella</i>–.</p>
Valoración de título	<p>El <u>estilo nominal</u> alude a vivencias de niño en una ciudad cero. El <u>título</u> «Ciudad Cero» es significativo: no importan tanto los nombres de la ciudad, de la revolución o de la guerra porque forman parte del inconsciente colectivo (observemos que los determinantes <i>un, una</i> de los versos 1 y 2 son indefinidos y que Cero no es ningún nombre propio). <i>Cero</i> connota destrucción, desolación; <i>Cero</i> es el título del poema de Salinas que recuerda la explosión de la bomba atómica, y también el punto de partida –como el kilómetro 0 en las ciudades– de los recuerdos del poeta, es decir, Cero, Nada, es el centro neurálgico de su existencia y la causa de su dolor de adulto.</p>
Valoración del lenguaje y la estructura: gradación	<p>Las <u>enumeraciones son caóticas</u>, como corresponde a un <u>recuerdo</u> lejano en el tiempo, pero la selección de vivencias está muy pensada: su sencillez y cotidianeidad causan mayor efecto; lo mismo que una cierta <u>gradación ascendente</u> tanto cualitativa como cuantitativa, ya que las experiencias recordadas van subiendo su tono trágico y a medida que esto sucede, aumentan las matizaciones de las mismas. Así se pasa de lo concreto a lo abstracto, de la sintaxis simple a la compuesta y de la mera adjetivación a la matización sin límites del sustantivo.</p>
Relación contenido-forma	<p>Los versos 8-15 muestran unas realidades concretas u objetivas tales como <i>vacaciones, Isabelita, coches, pisos, hambre y sangre</i> frente a otras más subjetivas de los versos 16-27 expresadas mediante los sustantivos abstractos <i>terror, dolor, miedo, ira</i>.</p>
Intención	<p>La sintaxis de los atributos de los versos 10-33 que se inicia siendo muy simple (con una sucesión de sintagmas nominales matizados con adjetivos o sintagmas con preposición), se empieza a complicar en el verso 14, precisamente con la mención de la sangre (metonimia muy acertada para rehuir el recuerdo doloroso de los muertos) y ya se complica definitivamente a partir del verso 15 mediante subordinaciones adjetivas (<i>un terror que duraba...; que, por algún resquicio...</i>), la sustantivación (<i>lo que el frágil rumor...</i>), la coordinada copulativa atípica (<i>para desvanecerse luego...</i>) o las aposiciones asindéticas de los versos 21, 22 y 27 a 33, que tanto matizan los sustantivos.</p>
Valoración e interpretación de la segunda parte. Relaciones de contenido entre ambas	<p>Todo lo anterior da idea de la <u>intencionalidad</u> de este poema: el <u>tono conversacional</u> y la enumeración caótica no deben hacernos pensar en que no hay método en la escritura o no hay afán literario. Lo que aquí vemos es una búsqueda de un nuevo lenguaje, no por entendible menos sugerente; un <u>lenguaje poético dolorido</u>, lleno de <u>metonimias, enumeraciones asindéticas y reiteraciones expresivas</u>. Las metonimias en el texto dulcifican la visión de la guerra del niño y amargan la del adulto: en los versos 10-15 las <i>bragas de Isabelita, los cementerios de coches, los pisos abandonados o la sangre descubierta</i> carecen de la carga trágica que podrían tener los refugios en los sótanos, el caos callejero, las mudanzas constantes y los muertos de la guerra; y la reiteración de los versos 21-22 y 40-43 de <i>las lágrimas, el miedo y la ira</i> ahondan en la pena, la cual se refuerza, además, con el asíndeton. No pasa desapercibida la repetición «obsesiva» (mediante anáfora y epanadiplosis) del pronombre indefinido neutro <i>Todo</i> de los versos 34 y 35, que alude a los recuerdos infantiles de la guerra; estos se han hecho borrosos con el tiempo, lo único que permanece es el dolor del que no fue consciente en su niñez. Parece que el poeta nos estuviera hablando y que desde su presente se asombrara de la crueldad de lo vivido de niño; por eso la adversativa <i>Pero como tal niño</i> (verso 8) se remarca con la mayúscula.</p>
Opinión personal	<p>¡Cuánta ironía del destino encierra este limbo de la niñez! Precisamente aquellos <u>sentimientos abstractos</u>, de dolor de los adultos, que se colaron en su alma sin él saberlo son los que <u>lo definen como hombre</u>, son los únicos que <i>resurgen, ya para siempre</i> y son, por tanto, los que repite al final haciéndolos suyos, heredándolos de sus mayores, y así los posesivos de los versos 20 a 23 (<i>sus lágrimas, su miedo, su ira sofocada</i>) se toman demostrativos en los versos finales 40-43 (<i>este miedo, esta ira, estas imprevisibles y verdaderas ganas de llorar</i>) y la adjetivación de los versos finales resulta muy reveladora (el miedo es <i>difuso</i>, lo cual lo hace más difícil de controlar, de medir; la ira, <i>repentina</i>: si antes se debía sofocar, ahora surge como una explosión, como un desahogo y las lágrimas brotan de forma imprevisible y reflejan esa profunda angustia íntima). Seguro que este sentimiento de Ángel González le es muy familiar a todas aquellas personas de su generación que sufrieron la Guerra. Los que hemos tenido la suerte de no vivirla en primera persona podemos solo imaginar lo que supone crecer habiendo vivido una experiencia tan traumática. ¡Cuántas vidas quedaron truncadas! ¡Cuántos proyectos abortados! Siendo tan conscientes como somos de las secuelas nefastas de las guerras, no podemos entender ese empecinamiento de la humanidad en no aprender de los errores del pasado y seguir dirimiendo las diferencias mediante los conflictos armados.</p>
Conclusión y cierre Recapitulación	<p>En conclusión, Ángel González es un claro representante de la «poesía de la experiencia» que se cultivó en la década de los 60. La vivencia de la Guerra Civil le ha marcado de por vida y es tema de sus poesías, que tienen un tono dolorido y un estilo conversacional y nominal muy característico.</p>